



Discurso del Honorable Presidente de la Generalidad de Cataluña, Don José TARRADELLAS pronunciado en el homenaje al Doctor Pedro BOSCH GIMPERA ex Rector de la Universidad Autónoma de Barcelona y ex Consejero de la Generalidad. Tomaron parte en este acto, organizado por el Casal de Cataluña de París el 28 de octubre de 1967 los Profesores Ambrosio CARRION de la Universidad Autónoma de Barcelona y Pierre VILAR de la Universidad de París.

Señoras y Señores :

Después de las justas y admirables palabras que ha pronunciado al profesor Ambrosio Carrión en nombre del Casal de Cataluña en honor al eminente historiador, arqueólogo, hombre de letras y fervoroso patriota, el Doctor Pedro Bosch Gimpera . palabras que representan el reconocimiento que hacia él sentimos los catalanes, bien pocas podría yo añadir.

El Doctor Bosch Gimpera es enaltecido como merece, en todos los medios, por su rectitud y honestidad científica, mundialmente reconocidas. A los catalanes su bien ganada gloria nos llega al corazón y solamente esperamos el día, que deseamos llegue pronto, en que la Patria pueda demostrarle su profunda admiración y gratitud.

Os aseguro, querido profesor Carrión, que para mí representa también un honor, que agradezco cordialmente al Casal de Cataluña en París, haberme distinguido con la atención de invitarme a presidir un acto en el que se pone de relieve la figura del Doctor Bosch Gimpera que, no debemos olvidarlo, fue rector de la Universidad Autónoma de Barcelona. Gracias a su gestión, a su prestigiosa autoridad en nuestro primer centro Docente, no ya en todos los ámbitos de nuestra tierra, sino por Europa entera fue conocida y elogiada la acción cultural de la Generalidad.

La obra científica del Doctor Bosch Gimpera y la influencia que ha alcanzado en todas partes hacen de nuestro homenajeado un catalán de dimensiones universales. Por eso, creyendo interpretar a nuestro Pueblo, os digo, querido amigo Bosch Gimpera, gracias, muchas gracias, por vuestra labor imperecedera, que a todos nos honra.

Aprovecho esta oportunidad para expresar al profesor Pierre Vilar nuestra más fervorosa admiración por su trabajo, difícil pero claro y luminoso para todos aquellos que no hemos perdido la fe en nuestro futuro. Trabajo encaminado a que todos tengamos ideas precisas, honestas y científicamente válidas de lo que es Cataluña y de lo que son los pueblos de España. Vuestra fidelidad a lo que más queremos, vuestra obra que culmina con la publicación de «Catalunya dins l'Espanya moderna», los catalanes de hoy y los de mañana no la olvidarán jamás. Os agradezco también, querido profesor Pierre Vilar, los sentimientos que acabáis de expresar, de reconocimiento y de afecto hacia la obra inmensa realizada por el Doctor Bosch Gimpera, no ya como investigador, sino por una especial manera de dar a

conocer sus ideas y sus búsquedas. Pero en todo lo que tan brillantemente nos habéis dicho hay algo que me ha producido una profunda satisfacción: habéis recordado lo que sus biógrafos no refieren casi nunca, es decir, que el Doctor Bosch Gimpera en las horas más dramáticas de nuestra vida, aceptó la responsabilidad de formar parte del Gobierno de la Generalidad, con el cargo de Consejero de Justicia.

¡Cuán alentador y emocionante es que un hombre de vuestro prestigio y de vuestra autoridad, ligado a las más viejas tradiciones de libertad y de cultura de vuestro país — que ya sabéis como lo queremos los catalanes — nos haya evocado una de las virtudes más estimables y más dignas de elogio del Doctor Bosch Gimpera: la de haber sido y ser siempre fiel a Cataluña!

Permitidme pues, señoras y señores, que aproveche la oportunidad de homenajear a un catalán eminente en su personalidad de hombre de cultura y de gobierno, para expresaros mi convicción de que su pensamiento político y su actitud, que constantemente han compartido nuestras angustias y nuestros anhelos, deberían ser un ejemplo a seguir, para todos los catalanes. Y más todavía hoy, ante la confusión y los intentos de algunos, de querernos hacer creer lo contrario.

Representaría un gravísimo error que, por cobardía o por comodidad, ahora que se ve claramente que el franquismo está herido de muerte, los catalanes nos dejáramos adormecer por los que hablan mucho de nuestra lengua y de nuestros valores espirituales, pero que, en realidad, lo que desean es ver, hoy y mañana, nuestro Pueblo sometido a una dictadura.

Los catalanes, como nadie, tenemos graves responsabilidades y arduos deberes a cumplir en las horas que se avecinan, y si esto representa un honor, nos obliga también a ser intransigentes ante todo aquello y ante todos aquellos que no quieren comprender que los graves problemas planteados hay que resolverlos, no dejándose llevar por la demagogia o por actitudes que no tienen en cuenta la situación en que todos nos encontramos.

El fracaso del régimen, su inmovilismo y la incapacidad de los que hoy gobiernan España es un hecho fehaciente. A mi entender existe todavía otro más grave: la desconfianza que cunde en todo el país. Es necesario tener el valor de reconocer que antes del 14 de diciembre del año último existía, en grandes sectores de opinión, el sentimiento de que las nuevas estructuras del Estado, que se habían anunciado, aportarían una solución para el futuro. El discurso del general Franco, el referéndum más tarde, las leyes votadas, como las últimas elecciones, han demostrado suficientemente que todos los deseos y todas las ilusiones que muchos se habían forjado no tenían consistencia alguna.

El régimen, por vez primera, ha perdido la confianza del país. Nadie cree hoy que quiera facilitar una solución valedera. Pero hay todavía más: todo el mundo está convencido de que actualmente es incapaz de hallarla. Este pesimismo lo vemos surgir en toda la Península, y en todas las capas sociales, puesto que todos presienten la proximidad de días angustiosos, y por lo tanto difíciles, para resolver los problemas que nos dejará la desaparición del franquismo. Nadie ve cómo, ni de qué manera, por empeño que en ello se ponga, se logrará no ya dirigir el país hacia el camino de la prosperidad y de un mínimo de libertad, sino incluso cómo podrán evitarse los profundos trastornos que se produzcan. ¡Amarga decepción de todos los que, de buena fe, creyeron en propósitos que el franquismo nunca tuvo! Con frecuencia, en estos últimos tiempos, leyendo con atención las declaraciones de los hombres más representativos del régimen, nos daremos cuenta de que también ellos han perdido la fe y el entusiasmo. Veremos que, como almas en pena, recorren el país pronunciando discurso tras discurso, haciendo apologías en las que nadie cree e intentando desesperadamente reanudar con aquella confianza que en otros tiempos habían alcanzado.

Además, nadie puede negar que van desapareciendo los resultados positivos que se obtuvieron gracias al Plan de Estabilización de 1959. Si queremos ser sinceros y no caer en errores, debemos reconocer que hasta 1965 el país tuvo una mejor manera de vivir y al mismo tiempo unas perspectivas para el futuro que era de esperar se aprovecharían. Si señalo esto ahora es porque esta situación nos obliga como nunca a forjar un plan, aceptando las responsabilidades necesarias, con el fin de despertar la confianza y dar la seguridad de que nuestra actitud ha de ser determinante en los graves problemas políticos y económicos que están lejos de haberse resuelto.

Si cuanto acabo de deciros ha de ser motivo de preocupación ya que demuestra el fracaso del franquismo, paralelamente a este fracaso vemos con gran alegría el triunfo de Cataluña que, gracias a su fidelidad a cuanto somos y queremos, no ha podido ser vencida.

Creo que nunca agradeceremos suficientemente a los catalanes que han vivido esta larga noche de tristezas y de humillaciones, su decidida voluntad de no desaparecer como Pueblo. Nuestra vieja y gloriosa historia y las nobles y generosas ambiciones que tenemos para el presente y para el futuro son y serán permanentes por encima de todo sufrimiento. Pero creer que estos sentimientos y deseos son suficientes para triunfar sería un error de consecuencias incalculables. Precisamente por esto, no es posible aceptar que haya quien quiera escamotear los peligros que todavía nos rodean y quiera hacernos olvidar nuestros derechos y deberes como si en realidad los problemas fundamentales de nuestra vida se hallaran al margen de nuestras graves preocupaciones.

Podéis estar seguros de que no entra en mi propósito menospreciar u olvidar a los que en otro tiempo no han compartido nuestros ideales ni nuestra fe. Os puedo asegurar que, ni de cerca ni de lejos, me guía otro anhelo que no sea el de trabajar por la unidad y por la fraternidad de todos nosotros. Quisiera que estos sentimientos y esperanzas fueran compartidos también por todos, o que merecieran reciprocidad, única manera de salvar el país en este mañana, preñado de incertidumbre, que tenemos ante nosotros.

Pero Cataluña no me perdonaría nunca mi silencio ante la actuación de los que creen que pueden imponer su política de discriminación y de guerra civil al socaire de la cultura y de la lengua catalana. Se equivocan lamentablemente si creen que nos adormecerán o que proscibirán nuestros ideales políticos, económicos y espirituales. Sabemos perfectamente que su «slogan» Cultura sí, Política no, para ellos significa: Folklore sí, Libertad no, y estos propósitos, que no se hagan ilusiones, nuestro Pueblo no los aceptará jamás.

Señoras y señores, es necesario tener constantemente presente que el gobierno de un pueblo depende del recobro de sus libertades políticas, depende del funcionamiento, libremente consentido, de sus Instituciones, depende de la libertad y del bienestar de todos los que forman parte del mismo y entonces, y entonces solamente, la cultura seguirá por sí sola, y triunfante.

Creer que permitiéndonos hablar o escribir en catalán quedan defendidos los problemas fundamentales de nuestro país es un error y a la par es inadmisibile. No hay libertad de lengua ni de cultura si no hay libertad política. No hay libertad si no podemos estructurar nuestro Pueblo como deseamos. Pretender que puedan volver aquellos años en los que muchos trabajadores veían en los defensores de nuestra lengua y de nuestra cultura a sus adversarios es una locura. Olvidar que para defender nuestros valores espirituales miles y miles de catalanes, y de nos catalanes, dieron su vida: no querer recordar que miles y miles de ciudadanos de otros pueblos de España han ofrecido toda suerte de sacrificios en defensa de nuestros ideales políticos, económicos y espirituales es hacer un gran daño a nuestra Cataluña.

Pero quiero también añadir que resulta menospreciable el hecho de que haya quien, diciéndose defensor de nuestra cultura, se lance a toda suerte de campañas contra la lengua castellana que es tan digna de estima como pueda serlo la nuestra. En esta acción política, realizada por los que hoy en Cataluña y anónimamente pretenden representar lo que más amamos, hemos visto estas últimas semanas cómo daban amplia difusión a una propaganda a la que desde hace años prestan toda clase de ayuda, encaminada a convencer a los catalanes que nuestra segunda lengua debe ser la francesa.

Como ya he dicho y me complace en repetirlo una vez más, y usted lo sabe, querido amigo y profesor Pierre Vilar, los catalanes admiramos vuestro país, pero hemos de considerar que representa una provocación y un acto contra Cataluña insultar groseramente la lengua castellana y pedir a los catalanes que la abandonen y la substituyan por la francesa, que tanto queremos.

En esta etapa de nuestra historia en la que la inmigración se ha integrado a nuestra tierra en proporciones que sobrepasan ampliamente a la de otros períodos, cuando vemos que existen poblaciones de nuestro país que cuentan con un sesenta por ciento de no catalanes,

hemos de hacer constar con profunda tristeza esta acción que pretende imposibilitar las coincidencias y la fraternidad que deben existir entre todos los pueblos de España.

Son muchos los catalanes que ya saben que desde hace años he llamado la atención ante los peligros que comportan las actividades de una Organización que se dice defensora de la cultura catalana, pero que lo que realmente ha hecho y hace es una tarea esencialmente política, que si triunfara sumiría el país en un nuevo caos. La desaparición de su primer presidente que dedicó los últimos meses de su vida a hallar una solución — que no consiguió fuera aceptada — a los problemas políticos que le planteaba la acción de ciertos dirigentes irresponsables de dicha Organización, ha avivado aún más, si cabe, estas actividades.

Estad seguros de que llegará el día en que los catalanes sabrán el por qué de tantos esfuerzos malogrados y expresarán su gratitud a todos los que durante mucho tiempo trabajaron con patriotismo y con sentido de responsabilidad para evitar lo que fatalmente ha sucedido.

Estos defensores que le han salido a última hora a nuestra lengua y a nuestra cultura, protectores a la vez de una política que puede ser grave de consecuencias para el futuro de nuestro país, son los mismos que cuando se encuentran en Madrid se transforman en los entusiastas franquistas de siempre, haciendo bendecir sus fábricas por el falangista Fray Justo Pérez de Urbel, Abad del Valle de los Caídos, tomando parte en actos de propaganda franquista y haciendo toda suerte de genuflexiones ante el régimen que en nuestra casa quieren hacernos creer que combaten.

Es necesario que los catalanes que hacen lo posible y lo imposible para una mejor difusión de nuestra cultura, que ignoran estas actividades contrarias a sus sentimientos y a sus anhelos, lo tengan presente. Hay compatriotas que, con la mejor buena fe, creen que quizás doy excesiva importancia a ciertas actividades que se llevan a cabo en Cataluña y en las delegaciones políticas que estos elementos han implantado en París, otras ciudades de Europa y en América. Debo decirles que se equivocan. Los que deben saberlo no ignoran mi actitud de siempre, reclamando que todos estos medios que hoy se utilizan para una política sectaria que no aporta beneficio alguno a nuestro Pueblo, se empleen únicamente para los fines por que fue fundada esta Organización, claramente definidos, y que son la propagación de nuestra lengua y de nuestra cultura en Cataluña.

Mejor sería, pues, que en lugar de destinarles unas contadas migajas, dedicaran todas sus posibilidades a la creación de becas para estudiantes, a facilitar que cada día haya más profesores de catalán y estén mejor remunerados, a hacer posible que fuera de Cataluña sea conocido nuestro teatro que, en estos últimos años, por el contenido y la presentación de alguna de sus obras, es digno de comparación con los mejores de Europa, a ayudar a los Centros de Cultura de nuestras comarcas, a subvencionar sin mezquindad las editoriales que por su labor pedagógica son merecedoras de ello, etc. Es decir, para la cultura siempre resultarán pocos los sacrificios, pero que en su nombre no se pretenda llevar a cabo una acción esencialmente política y contraria a nuestro país.

Se perfectamente los peligros que lleva en sí cuanto acabo de manifestar. Pero a lo largo de mi vida he debido afrontar otros mucho más graves y no por eso he dejado nunca de cumplir con mi deber. Presiento nuevas campañas contra nuestras Instituciones y contra mi persona. Podéis estar convencidos de que no modificarán en modo alguno ni mi pensamiento ni mi actitud. De no ser así, un día Cataluña podría exigirme responsabilidades y creo sinceramente que llamando la atención de los catalanes sobre la acción de ciertos dirigentes de esta entidad rindo un servicio a nuestro Pueblo.

Es estos momentos no puedo dejar de tener presente las amenazas que en cierta ocasión me hizo el actual Secretario de la Organización a que vengo refiriéndome, y que después de la muerte de su primer Presidente actúa con una constante provocación. Algunos de estos dirigentes siguen propalando que triunfarán en su política porque poseen millones de dólares. Esto, además de ser un insulto, significa también ignorar que, si Cataluña es un Pueblo pequeño, nunca ha sido insensible y que, a través de su larga historia, ha demostrado como sabe defender sus derechos y sus libertades. Estos franquistas, no tan arrepentidos como quieren hacernos creer, deberían tener en cuenta que hoy existen otros hombres que poseen una potencia económica y financiera como el mundo jamás conoció y a pesar de ello tampoco han podido, hasta ahora, vencer a otro pueblo pequeño, el Viet-Nam, que se defiende con un heroísmo que nosotros no olvidamos.

Es evidente que otras críticas se podrían hacer ante el sectarismo con que actúan también en nuestra vida intelectual. Su labor fácil nos es constatar que está limitada a ciertas minorías sin demasiada influencia en el país. Así les vemos ignorar la existencia en Cataluña, Valencia y Mallorca, de núcleos que, abnegadamente, trabajan en defensa de nuestro idioma y que con toda clase de sacrificios, llevan a cabo un acción que nunca elogiaremos bastante. Pero, es claro, estos representan lo deleznable, como dijo en cierta ocasión uno de éstos llegados a última hora a nuestra cultura.

Creo que para mejor juzgar lo que acabo de expresar es necesario tener presente el admirable artículo del escritor Baltasar Porcel publicado hace un par de semanas, con el que venía a llamar la atención de los catalanes sobre la profunda separación que existe entre ciertos medios de influencia barcelonesa, que en el orden cultural olvidan su propio contorno y, diría yo, incluso la esencia de lo que somos y queremos. Con estas maneras de hacer, decía Baltasar Porcel, íbamos hacia un total aislamiento y terminaba su valiente artículo declarando: « Nuestra cultura exhala un olor excesivamente barcelonés... Tomar un poco el aire no nos iría mal... » Evidentemente el aire no podemos tomarlo si previamente no nos apartamos de todos aquellos y de todo aquello que pretende asfixiarnos haciendo de nuestra cultura y de nuestro idioma el privilegio de unos cuantos y no de todo el Pueblo, y que defienden con más interés las reivindicaciones inglesas sobre Gibraltar que nuestros ideales de libertad.

Los catalanes que no conocen o que conocen fragmentariamente las actuaciones que acabo de denunciar, de antemano adivino que no les será fácil comprenderlas. Unos dirán que nos debemos hacer caso de ellas, otros creerán que no es necesario prestarles atención porque están condenadas al fracaso; los que desconozcan los esfuerzos realizados para evitarlas se imaginarán que existe todavía la posibilidad de apartar de la dirección de este organismo político a algunos dirigentes. Habrá quien no verá muy claro por qué en Cataluña se presentan como defensores de nuestra cultura y de una política nacionalista extremista y en Madrid como incondicionales del franquismo. Toda esta política que puede parecer confusa no lo es. Se trata, por parte de estos elementos, en primer lugar, de que los catalanes dejemos de ser fieles a nosotros mismos, de imposibilitar nuestra unidad. Se trata, en fin, de hacer imposible el diálogo constructivo entre todos los ciudadanos de nuestro país con miras a que Cataluña y España recobren sus libertades y que con amplio y generoso espíritu de comprensión, unos y otros, nos lancemos a transformar el país dentro de un clima de paz y de bienestar.

De lo que se trata, con todas estas actividades que parecen contradictorias, pero que si reflexionamos veremos que no lo son, es de hacer posible el establecimiento de una nueva dictadura a la desaparición de la actual. Estos son los principales propósitos que quieren imponernos unos catalanes en nombre de nuestra lengua y de nuestra cultura.

Señoras y señores :

A lo largo de mi vida he creído siempre que, para triunfar, la primera condición necesaria es la de ser fiel a sí mismo. No es posible realizar nada positivo si previamente no tenemos la fuerza moral y la fe de defender nuestras propias convicciones. Por ello creo que dejaría de ser leal a todo mi pasado y a la confianza con que siempre me han honrado tantos y tantos catalanes, si hoy pasara en silencio una situación política, económica y espiritual de nuestro Pueblo, que cada día se agravará más.

Sin embargo, sería un trabajo inútil y contraproducente si antes de enfrentarnos a esta realidad, por comodidad, no hubiera cumplido con el deber de dar a conocer perfectamente mi pensamiento y mi actitud ante las actividades a las que hasta ahora vengo refiriéndome.

El acto que estamos celebrando me ha ofrecido esta posibilidad puesto que tiene la significación de rendir un doble cordial homenaje al Doctor Bosch Gimpera, al intelectual y al hombre de gobierno. Desde el primer momento me ha parecido necesario aprovechar esta ocasión para deciros cuales son mis inquietudes y cuales son mis esperanzas.

Os he hablado con el acuerdo de los profesores Carrión y Bosch Gimpera y continuaré haciéndolo exponiendo sentimientos y anhelos que estoy seguro que también son los vuestros.

No hay posibilidad de hacer labor eficiente y por lo tanto de obtener los resultados que nos proponemos si antes de emprender nuestra acción destinada a poner fin a nuestras angustias y a conseguir el triunfo de nuestros ideales no apartamos de nuestro camino las raíces muertas, la maleza, si no evitamos las celadas de nuestros adversarios de hoy y de mañana, es decir, si no desbrozamos el camino por el que hemos de avanzar. No hay duda que sería para mi mucho más agradable, así como para todos los catalanes, rodearnos de vanidad y de cierto espíritu narcisista creyendo que nuestros problemas presentes y futuros pueden resolverse invocando con emoción nuestro patriotismo y que esto será suficiente para provocar un milagro que nos aportará la solución.

Solamente dándonos cuenta de la situación en la que nos encontramos, de los peligros que nos rodean, y con la decidida voluntad de no enturbiar nuestros deberes ni nuestras responsabilidades conseguiremos servir a nuestro país como desea y como se merece.

Os aseguro que siento haberme visto obligado a llamar la atención de los catalanes ante ciertas actividades políticas. Hubiera preferido no hacerlo y decirlos que nos encontramos todos en la misma comunidad de pensamiento que, aunque matizado por posiciones diferentes como corresponde a verdaderos demócratas, en el fondo representa la unidad. Durante años y años sabéis que he empleado mi vida en la consecución de esta finalidad. He visto, he hablado a miles de catalanes del interior, de todos los lugares de nuestra tierra; las puertas de mi casa han estado abiertas para todos; constantemente he viajado para ponerme en contacto con el primero que lo deseara; nunca he preguntado a nadie cuál había sido su actitud política durante su vida; a todos he tendido la mano y con todos he dialogado como si nos unieran coincidencias que nos permitiesen servir generosamente nuestro Pueblo, sin ambiciones personales.

Si hoy, públicamente y por vez primera, me permito hablaros de ciertas confabulaciones que en nombre de la cultura pugnan para imposibilitar la unidad de los catalanes es porque la situación de Cataluña me lo exige.

No sería prudente, señoras y señores, hablaros de las actividades ni de la presencia, cada día más positiva, que en el interior de nuestro país va consiguiendo la Generalidad de Cataluña. Después de tantos años de silencio impuesto por la dictadura franquista, podemos comprobar hoy el hecho irreversible ya, que cada día que pasa confirma más, de la consistencia que en el interior va adquiriendo nuestra Institución. Nada positivo podremos realizar si no es acogiéndonos a ella, por simbólica que hoy pueda ser. Todos aquellos catalanes del interior y del exilio que siempre han estado convencidos de que no existe otra solución para el futuro que la de permanecer fieles a estas Instituciones, ven con alegría, como avanzan, con paso firme y seguro, por este camino trazado con tantos y tantos sacrificios.

No debe preocuparnos demasiado ver que algunos escritores que en otros tiempos estaban sedientos de libertad encuentran hoy chocante la lealtad de nuestro Pueblo. No es necesario dar demasiada importancia a los que olvidan sus fidelidades. Este olvido es de lamentar, pero lo vemos compensado con creces por la inmensa ola de interés cada día más fervoroso de una juventud que empieza a conocer, y a enorgullirse de que nuestro Pueblo, después de dos siglos, consiguiera unas libertades que le permitieron tener un Gobierno propio, elegir un Parlamento y constituir un Tribunal de Casación. Después de dos siglos, Cataluña obtiene una Constitución que el general Franco ha pretendido aniquilar, pero que para nosotros está viva y presente y que veremos funcionar de nuevo aportándole, naturalmente, las modificaciones que el tiempo en que vivimos impone.

Cataluña adquiere conciencia de lo que fue y se da cuenta de que la única solución posible, si no queremos caer en un desastre, es preservar esta Constitución, que significó el reconocimiento por España de nuestra personalidad nacional. Aunque todos lo sabéis, no estará de más decir y repetir que Cataluña, unánimemente, votó la República española, que unánimemente, votó el Estatuto, que significaba el reconocimiento de nuestro derecho a legislar en las funciones de gobierno más importantes y la posibilidad de aplicar las leyes que no fuesen de nuestra competencia. Por vez primera, después de dos siglos, nuestro Pueblo regía sus destinos y si convulsiones nacidas y promovidas más allá de nuestra tierra no hicieron posible todo lo que deseábamos, aquellos a los que no ciegan pasiones inconfesables deberán reconocer que no en vano, en este período de nuestra historia, España consideraba nuestra tierra como « el oasis catalán ».

Cataluña fue consciente de sus responsabilidades. Los catalanes, todos, por encima de divergencias naturales y convenientes, demostraron no solamente que sabían gobernarse, sino también que por Cataluña penetraba hacia el resto de España el espíritu de Europa y por lo tanto los que representaban a nuestro Pueblo estuvieron presentes y se sintieron solidarios de las reformas fundamentales que la República emprendió con el fin de dar a España, política y socialmente, la posibilidad de vivir libremente y en democracia.

Esta realidad de nuestro pasado representa, creedme catalanes, la única barrera eficaz que tenemos para que nuestro país no se hunda y la única esperanza positiva para poder realizar en torno a nuestras Instituciones, la unidad que nos dará también la libertad y el bienestar.

La primera condición necesaria es la de esclarecer y resolver nuestros propios problemas, saber lo que realmente deseamos y lo que estamos dispuestos a hacer para conseguir esta confianza y alcanzar este triunfo; no debemos ignorar las dificultades en que nos movemos. Es necesario tener presente que no avanzaremos y que no convenceremos a los que les preocupa también el futuro de España — ¡no debemos olvidarlo! —, insultándolos o denigrándolos. Sólo podremos conseguirlo con la razón y con nuestra fidelidad, es decir, siendo intransigentes con nuestros derechos reconocidos y comprendiendo la situación en que vivimos y que hemos de superar.

El acto de hoy representa el primer paso para hacer posible esta condición y estoy plenamente convencido de que en Cataluña tendrá la repercusión necesaria y que las palabras aquí pronunciadas serán no sólo un aliento, sino que infundirán más valor en la lucha a seguir.

Mi larga vida política me señala que no debemos hacernos excesivas ilusiones minimizando las dificultades que hemos de vencer y las que con toda seguridad surgirán hasta que nuestras relaciones con el Estado español, el día de mañana, sean las que nosotros deseamos. Continuamente será necesario tener presente que no podremos superarlas si no estamos plenamente convencidos de nuestros derechos y si nuestra voluntad de hacerlos triunfar no es permanente. Que sea de nuestro agrado o deje de serlo, estamos sujetos a realidades políticas y económicas que no podemos eludir. No tenerlo en consideración sería un desastre. Hemos de dejar ya de prejuizar a nuestros amigos y a nuestros adversarios del exterior por lo que quisiéramos que fueran. No tener en cuenta nuestras ambiciones al mismo tiempo que las suyas sería una falta de visión, de graves consecuencias para todos, que debemos evitar.

Si por un momento recordamos de qué manera el Presidente Prat de la Riba obtuvo y administró la Mancomunidad y cómo el Presidente Maciá dio vida a la Generalidad y con ella gobernó Cataluña, la tarea a emprender será más fácil. El Doctor Bosch Gimpera ha dicho a menudo y muy acertadamente a mi entender, que a pesar de las divergencias y de los obstáculos existentes entre los pueblos de España, éstos tienden siempre a una coordinación y a unas bases de inteligencia efectiva por encima de las dificultades que han aportado, con demasiada frecuencia, algunas capas sociales. Si esto se ha producido ya, nada puede privarnos de pensar que volverá a repetirse y creo que nosotros, los catalanes, para ser dignos de nuestra historia, hemos de estar presentes donde sea necesario, aportando nuestras concepciones políticas y económicas.

Resultaría ingenuo pretender que con nuestros buenos deseos conseguiremos nuestros propósitos, sin ver lo que tenemos frente a nosotros y sin tener de antemano presente que hay quien no quiere comprender nada, ni nada quiere sacrificar, y está dispuesto a ser intransigente en sus concepciones políticas. Si meditamos sobre esto, veremos que es normal y que está dentro de lo que el Doctor Bosch Gimpera ha hecho, o sea, encontrarnos de nuevo ante un proceso formativo difícil. Pero de la misma manera que nosotros nos indignamos o nos decepcionamos ante determinadas actitudes o ciertas expresiones, es necesario saber que no podemos utilizar los mismos procedimientos o herir sentimientos que, equivocados o no, a menudo son noblemente defendidos por los que no comparten nuestra manera de pensar y que viven lejos de nuestra tierra.

Tengo plena conciencia de las enormes dificultades que existen para que nuestras Instituciones recobren sus derechos y sus responsabilidades, pero será posible vencerlas

si los catalanes comprendemos que estas Instituciones y sólo ellas, son las que han de representar el único interlocutor posible para resolver todos los problemas que planteará la caída del franquismo.

Que sus sucesores, sean cuales fueren, sepan que, como siempre he manifestado, no aceptaremos solución alguna a los problemas políticos y económicos de España si no reconocen y no dan vida a la Generalidad de Cataluña, a la que nuestro Pueblo, voluntariamente, no ha renunciado nunca. Estos anhelos, tantas y tantas veces expresados, que han manifestado también otros catalanes, veremos que cada día adquieren mayor consistencia en Cataluña y veremos también que nuestras Instituciones van penetrando más y más en la conciencia de los catalanes, porque saben que sólo ellas han de representarnos, que solamente ellas pueden defender eficazmente nuestros ideales.

Estad seguros de que avanzamos por el buen camino y por encima de los obstáculos que podemos encontrar. Estad seguros de que cada día que pasa, cada hora transcurrida, damos un paso más hacia adelante. La obra del Presidente de la Generalidad y la de todos los catalanes que le ayudan a llevarla a cabo no es de proselitismo. Nuestro objetivo es otro, y hasta ahora ha dado buenos resultados. Día llegara en que nuestro Pueblo conozca el esfuerzo enorme que se ha realizado y que se realiza en el interior de nuestro país para que Cataluña recobre la esperanza y la seguridad de que avanzamos indefectiblemente hacia la victoria.

Ante esta situación, que comparten todas las clases sociales del país, hay que demostrar que la violencia, venga de donde viniere, no nos apartará del cumplimiento de nuestra obra. Obra, que el mismo franquismo facilita ya hoy por su falta de prestigio ante el mundo; por el principio de inflación que se produce en el país y que sólo acarreará miseria, porque después de tanto y tanto tiempo no ha sabido crear, ni podrá crear, las condiciones de producción y de comercialización que el mundo de hoy exige, porque todo el mundo vive bajo la angustia del mañana, que puede ser desastroso, debido a una crisis inevitable y que solamente podrá salvarse no por modificaciones más o menos democráticas impuestas al país, sino gracias a la transformación de las estructuras del Estado, realizada teniendo en cuenta que formamos parte de Europa y que tenemos el derecho de recibir de ella cuanto nos permita vivir con libertad y bienestar.

Para lograr el triunfo, debemos luchar. Es necesario comprender que los problemas que tenemos no podemos resolverlos con sentimentalismos inútiles que enturbian nuestros objetivos. Si adquirimos esta comprensión, como espero y deseo, teniendo en cuenta la situación del país, que cada día se agravará más, y a la que el franquismo no puede ofrecer ya solución alguna, triunfaremos.

Para terminar, agradeciendo vuestra amable atención, me es grato anunciaros, señoras y señores, que pronto daré a conocer otros aspectos de nuestras posición para mantenerla en el futuro, así como los resultados ya obtenidos y los que obtendremos en nuestro Pueblo, a los que no dudo que todo el exilio aportará su entusiasta adhesión.

Cataluña, que a través de lo que va de siglo se ha transformado gracias a su trabajo, a su intransigencia y a su fidelidad, en un Pueblo rico y fuerte como nunca, tiene hoy la obligación de reivindicar no solamente sus derechos y cuánto es nuestro, sino integrar a los ciudadanos que han acudido a nuestra casa y que cada día, en mayor número, se sienten tan catalanes como nosotros.

Y este resultado maravilloso nos dice que Cataluña es un Pueblo de Libertad, que no conoce las discriminaciones ni quiere aceptar sectarismo alguno y que siempre ha deseado y desea aún más elevarse y hacer posible que sus ideales sean compartidos generosamente, única manera de realizar, eficazmente, una obra digna de todos.